



Zanoni,

o el secreto de los inmortales

EDWARD BULWER LYTTON

Edward Bulwer Lytton (Londres, 1803 - Torquay, 1873), hijo menor del general William Earle Bulwer y primer barón Lytton, estudió Arte en el Trinity Hall de Cambridge y se casó a los veinticuatro años con Rosina Doyle Wheeler, una irlandesa famosa por su belleza, lo que le costó ser desheredado por su madre. Bulwer Lytton fue diputado y llegó a ser nombrado Secretario de Estado para las Colonias.

Practicó diversos géneros literarios, como la narrativa histórica —“Los últimos días de Pompeya” es su obra más conocida—, las novelas de misterio y las narraciones fantásticas y de terror, algunas de corte ocultista, como «A Strange Story» o «Zanoni», que tal vez delatan su pertenencia a la Sociedad Rosacruz inglesa.

La larga sombra del vampiro ha oscurecido a los demás inmortales góticos, como *Fausto*, *el Judío Errante*, o *Zanoni*, el cual pertenece a una sociedad secreta —más antigua que los Rosacruces— que utilizaba el poder de la vida eterna para buenos propósitos.

El personaje central de la narración es un ser misterioso, de origen desconocido, de quien se cuentan cosas extraordinarias, que vive consagrado a sus estudios herméticos hasta que se enamora de la bella Viola Pisani, ídolo de la ópera de Nápoles. Desde ese momento, los amantes estarán sometidos a toda suerte de vicisitudes; un drama mágico que concluye durante los días del Terror, bajo el imperio de Robespierre y la sombra ominosa de la guillotina.

ZANONI, EL INMORTAL

La larga sombra del vampiro ha oscurecido a lo largo de la historia de la literatura fantástica a los demás inmortales góticos, como el Judío Errante, Fausto, etc. Aparte de estas criaturas, había una especie de inmortales que utilizaban el poder de la vida eterna para buenos propósitos: la Hermandad de ciertas sociedades secretas, para quienes la inmortalidad no era un motivo de desesperación. Los miembros de estas sociedades se han mostrado mucho menos reconocibles que otros seres de ficción, u otras ficciones, al tener como principal atributo de su existencia la invisibilidad. Los adeptos a estas sociedades secretas comparten con los otros personajes góticos el haber triunfado sobre la muerte, pero es una inmortalidad legítima en tanto en cuanto la eterna duración de su existencia está consagrada a remediar los males del hombre y no a complacer los deseos egoístas; es decir, a la especie y no al individuo. La constante errancia de estos inmortales está señalada en algunas novelas fantásticas.

La más célebre de estas organizaciones secretas fue la Hermandad de los Rosacruces, la principal fuente de inspiración para este género de ficción sobre los inmortales, inaugurado con *Saint Leon* de William Godwin, y que continuó con *Saint Irving* del poeta Shelley y *Zanoni* de Bulwer Lytton. Aún se discute sobre la existencia de una sociedad tan secreta que se pensaba que era invisible. Su supuesta existencia en el mundo se anunció con dos manifiestos: *Fama Fraternitatis* (1614) y *Confessio Fraternitatis* (1615), que defendían reformas políticas y sociales, describían las reglas

de la orden y narraban la historia de Rosencreutz, su legendario fundador, que, tras haber vivido en un convento del siglo XIV desde los cinco años, acompañó a uno de los monjes en una peregrinación a Jerusalén. En Damasco recibió las enseñanzas de varios sabios, lo cual le impulsó a perseguir el conocimiento por encima de cualquier otra cosa durante el curso de sus andanzas. Aprendió el árabe, lo que le permitió traducir al latín el *Libro M*, que contenía los secretos del universo. En Fez aprendió la Cábala y se relacionó con la «Habitantes Elementales». Viajó luego a España para impartir su sabiduría. Al verse rechazado, decidió fundar la Fraternidad de la Rosa y la Cruz para crear un lenguaje mágico con el que escribir *El libro de la naturaleza*. Sus discípulos abrieron su tumba unos años antes de la publicación de los manifiestos, que inspiraron el nacimiento de nuevas sociedades, como el Colegio Invisible, antecesor de la Royal Society, cuya doctrina se basaba, al igual que todas las de las sociedades secretas en un corpus de conocimiento secreto extraído de las tradiciones cabalísticas y herméticas del Renacimiento, que a su vez remontaban a las sabidurías caldea y pitagórica.

El novelista que con más asiduidad ha abordado el tema de los Rosacruces es Edward Bulwer Lytton. Su vida ha sido asociada en ocasiones con esta Hermandad; así, se ha escrito que fue miembro de ella, que poseyó algún título como el de «iniciado al Arcano Mayor», «Gran Maestro Supremo», y que asistió a algunos rituales. Madame Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica, afirmaba que Bulwer Lytton practicaba la doctrina de los Rosacruces y participaba del mundo invisible. Dentro del campo de la literatura sobrenatural, el autor de *Los últimos días de Pompeya* es de gran importancia, pues su obra, como la de Walpole o la de Poe, ha sido un modelo para el desarrollo de cierto tipo de narraciones. Así, *The Haunted and the Haunters* es uno de los primeros ejemplos de casa encantada que ha sido imitado en multitud de ocasiones; *A Strange Story* anuncia

los relatos donde se describen cambios de personalidad. De entre las narraciones escritas por Bulwer Lytton con tema Rosacruciano, destacan *Zanoni* y *A Strange Story*. En el origen de la primera está un sueño que tuvo Bulwer Lytton relacionado con un mago que consigue elaborar un elixir de la vida y se somete a sus efectos. Además de la inmortalidad, el elixir le confiere inmunidad contra todas las enfermedades humanas. Este sueño le inspiró *Zicci* (1833), que más tarde reelaboró hasta convertirlo en *Zanoni* (1842). En la introducción de la novela explica que *Zicci* era la versión corta de un manuscrito jeroglífico que le había dado al narrador un supuesto miembro de los Rosacruces.

El personaje central de *Zanoni* es un ser misterioso, de origen desconocido, del que se cuentan cosas extraordinarias: se le ha visto en otros lugares, en tiempos que no concuerdan con la efímera duración de la existencia humana, con el mismo aspecto; posee una extraordinaria belleza y ejerce una atracción inquietante; algunos creen que se trata sólo de un impostor. En cualquier caso, su figura siempre está rodeada por un halo de misterio. Algunos de sus rasgos hacen que se le asocie con la sociedad secreta de los Rosacruces: su don de lenguas, su capacidad de prever el futuro, y sobre todo sus poderes extraordinarios para sanar a los enfermos. En realidad Zanoni pertenece a una sociedad secreta más antigua que la de los Rosacruces, cuyos orígenes se remontan a los tiempos de los caldeos, pueblo del cual extrae su sabiduría. Junto a Zanoni, que simboliza el ideal y la intuición artística, hay otro personaje de la misma sociedad, Mejnour, que representa el conocimiento de la realidad, la ciencia. Estos dos inmortales no son caracteres depravados, como ocurre en otras historias de este tipo, porque poseen el conocimiento secreto de la naturaleza y lo emplean para crear el bien entre sus semejantes. Glyndon, el joven aspirante al conocimiento hermético, no logra sin embargo alcanzar la inmortalidad, pues no consigue anteponer su consagración a los intereses de la humanidad

a sus sentimientos egoístas. Por esta razón Glyndon es un personaje que está en el lugar de la aspiración que no alcanza el ideal. A pesar de haber emprendido sus estudios de ocultismo bajo la tutela de Mejnour en un castillo cercano a Nápoles, y de haber aprendido filosofía y las propiedades de las plantas, su iniciación, la ingestión del elixir de la vida, acaba siendo desastrosa debido a que el neófito no estaba preparado para semejante prueba, pues no había logrado transformar su constitución moral para que el efecto de la pócima le confiriese la inmortalidad. Así, no puede controlar el miedo derivado de esa experiencia y aparece el terrible Espectro del Umbral como materialización del horror que está más allá de sus fuerzas. La conclusión de este drama mágico se desarrolla durante el Terror de la Revolución francesa, bajo el imperio de Robespierre. Este período de la historia de Francia representa para Bulwer Lytton el ideal, que al fracasar mueve las fuerzas de la tiranía colectiva, debido a la separación que llevan a cabo las ideas revolucionarias entre fe y razón, a la creencia de que la razón puede quedar separada de los instintos irracionales; el lugar donde terminan estas ideas es el fanatismo de la incredulidad. El gran experimento de la libertad se convierte así en la esclavitud. La depravación del hombre viene representada en este drama no en el inmortal, sino en los revolucionarios que niegan el espíritu y cualquier barrera moral, abriendo el camino a la dominación de la voluntad destructora, a la tiranía. El ideal que aniquila el espíritu, según Bulwer Lytton, sólo puede degenerar en la crueldad, en el placer de provocar el mal, en el Reino del Terror.

Agustín Izquierdo

Introducción

Es posible que entre mis lectores haya unos pocos que recuerden una antigua librería que algunos años ha existía en las inmediaciones de *Covent Garden*; y digo pocos, porque, a decir verdad, muy escaso atractivo podrían tener, para la inmensa mayoría de la gente, aquellos preciosos volúmenes que toda una vida de continua labor había acumulado en los empolvados estantes de la librería de mi viejo amigo D***.

Allí no había que buscar tratados populares, novelas de pasatiempo, historias ni viajes, ni los *Conocimientos para el pueblo*, ni tampoco la *Biblioteca recreativa para todos*; pero, en cambio, el curioso no habría encontrado tal vez en toda Europa una colección tan rica como aquella, pues ningún aficionado entusiasta había conseguido jamás reunir tantas obras de Alquimia, Cábala y Astrología como las que figuran en dicha colección. Su propietario había gastado una verdadera fortuna en la adquisición de multitud de tesoros que no debían tener salida; pero hay que decir también que el viejo señor D*** tampoco tenía muchas ganas de venderlos, pues sentía en el alma deshacerse de tales volúmenes. Pasaba un mal rato cada vez que veía entrar en su tienda algún parroquiano; espiaba los menores movimientos del insolente intruso, lanzándole miradas furibundas, y andaba alrededor de él vigilándole sin descanso; refunfuñaba y ponía un gesto de vinagre cuando unas manos profanas sacaban de su polvoriento nicho alguno de sus ídolos adorados. Si por ventura entre las odaliscas favoritas de su encantador harén, seducía alguna al comprador y no

retrocedía éste al oír el exorbitante precio que por ella pedía, muchas veces no reparaba el viejo D*** en doblar el precio del libro. Un poco de vacilación por parte del intruso era bastante para que con vivo placer le arrebatara él de las manos la venerable hechicera; pero si, por el contrario, el visitante accedía a sus pretensiones, pintábase la desesperación en el rostro del viejo; y, no pocas veces, en medio del silencio de la noche, llamaba a la puerta del comprador para que le vendiera, en las condiciones que quisiese, el libro que le había comprado pagándole tan espléndidamente al precio que a él se le antojara. Fanático entusiasta de su Averroes y de su Paracelso, sentía la misma repugnancia que los filósofos, a quienes había estudiado, en comunicar a los profanos el saber que había él adquirido.

Sucedió, pues, que allá en los juveniles años de mi existencia y de mi vida literaria, tenía yo vivos deseos de conocer el origen y las doctrinas de la extraña secta denominada de los Rosacruces. Poco satisfecho con las escasas y superficiales nociones que acerca de este asunto pueden hallarse en las obras corrientes, se me ocurrió la idea de que en la colección del señor D***, que era muy rica, no sólo en libros impresos, sino también en manuscritos, encontraría, tal vez, algunos datos más precisos y auténticos sobre aquella famosa fraternidad, escritos, quizás, por alguno de los miembros de la misma orden, y que viniesen a confirmar, con el peso de su autoridad y con ciertas particularidades, las pretensiones a la sabiduría y a la virtud que Brigaret atribuía a los descendientes de los Caldeos y Gimnosofistas.

Así, pues, encaminé mis pasos hacia dicho punto, el cual era indudablemente —aunque deba avergonzarme de confesarlo— uno de los sitios que en las crónicas de nuestros propios días, errores y engaños tan absurdos como los de los alquimistas de los viejos tiempos. Es muy posible que nuestros mismos periódicos parezcan a nuestra posteridad tan llenos de patrañas, como lo son a nuestros ojos los

libros de los alquimistas, sin exceptuar aquello de que la prensa es el aire que respiramos, y eso que es también un aire sumamente nebuloso.

Al entrar en la librería, me llamó la atención el venerable aspecto de un parroquiano a quien veía allí por primera vez, y aun me sorprendió más el respeto con que le trataba el poco amable coleccionador.

—Caballero —le dijo al fin con un tono lleno de énfasis, mientras yo estaba hojeando el catálogo—, en los cuarenta y cinco años que llevo dedicados a esta clase de investigaciones, es usted el único hombre que he encontrado digno de ser mi parroquiano. ¿Cómo ha podido usted, en estos tiempos tan frívolos, adquirir unos conocimientos tan profundos? Y dígame usted: ¿no habrá en toda la tierra un libro, un manuscrito siquiera en el cual pueda uno aprender los descubrimientos y las enseñanzas de esa augusta fraternidad, cuyas doctrinas, sólo vislumbradas por los más grandes filósofos, son para estos todavía un misterio?

Al oír las palabras «augusta fraternidad», no hay para qué decir cuánto se excitó en aquel momento mi curiosidad, ni con qué ansia esperaba yo la respuesta del desconocido.

—Yo no creo —dijo el anciano caballero— que los maestros de dicha secta se hayan revelado jamás al mundo, como no sea por medio de oscuras insinuaciones y de parábolas místicas, sus verdaderas doctrinas; y no seré yo, ciertamente, quien les dirija el menor reproche por su discreción.

Calló después que hubo dicho esto, y parecía que iba a retirarse, cuando yo me dirigí al coleccionador diciéndole de un modo algo brusco:

—Nada veo en su catálogo, señor D***, que haga referencia a los Rosacruces.

—¡Los Rosacruces! —exclamó el viejo visitante, mirándome fijamente con cierta sorpresa mezclada de recelo—. ¿Y quién, a menos de ser un Rosacruz, podría explicar los

misterios rosacruces? ¿Ha podido usted imaginar siquiera que algún miembro de esa secta, la más celosa de todas las sociedades secretas, pudiera levantar el velo que oculta al mundo la Isis de su sabiduría?

—¡Tate! —dije yo entonces para mis adentros—. Ésa será, pues, la augusta fraternidad de que estabais hablando. ¡Loado sea Dios! Por fin había topado, indudablemente, con un individuo de tal fraternidad.

—Pero —dije en voz alta—, puesto que es inútil buscar en los libros, ¿en dónde podría yo obtener datos sobre esta cuestión? En nuestros días no puede uno arriesgarse a poner en letras de molde cosa alguna sin saberla de buena tinta, y apenas se puede citar una frase de Shakespeare, si no se cita al mismo tiempo el título de la obra y el verso correspondiente. Ésta es la época de los hechos, caballero, la época de los hechos.

—Bien —dijo el anciano con una amable sonrisa—; si nos vemos alguna vez, quizá podré, por lo menos, dirigir las investigaciones de usted hacia la fuente misma del saber.

Dichas estas palabras, abrochóse el gabán, llamó con un silbido a su perro, y se marchó.

Cuatro días después de nuestra breve conversación en la librería del señor D***, encontreme de nuevo con el anciano caballero. Iba yo tranquilamente a caballo en dirección a Highate, cuando, al pie de su clásica cuesta, distinguí al desconocido que iba montado en un caballo negro, delante del cual marchaba su perro, que era negro también.

Si encuentras, amable lector, al hombre a quien deseas conocer, cabalgando al pie de una larga subida, en donde no puede alejarse mucho de ti, por cierta consideración a la especie animal, a no ser que su montura sea el caballo favorito de un amigo suyo que se lo haya prestado, creo yo que tuya sería la culpa, si, antes de ganar la cima, no hubieses adelantado mucho en tu empeño.

En suma: favoreciome tanto la suerte, que, al llegar a Highate, el anciano caballero me invitó a descansar un rato en su casa, que se hallaba a corta distancia de la población.

Aunque pequeña, era una casa excelente y muy confortable, con un vasto jardín contiguo a la misma, y desde sus ventanas gozábase de una vista tan preciosa, que seguramente Lucrecio la habría recomendado a los filósofos. En un día despejado podían distinguirse perfectamente las torres y cúpulas de Londres. Aquí estaba el tranquilo retiro del ermitaño; a lo lejos el *Maremagnum* del mundo.

Las paredes de las piezas principales estaban decoradas con pinturas de un mérito extraordinario, pertenecientes a aquella alta escuela de arte que tan mal comprendida es fuera de Italia; y me quedé maravillado al saber que dichas pinturas habían sido hechas por la mano del mismo propietario.

Mis muestras de admiración parecieron complacer a mi nuevo amigo, y al girar la conversación sobre este punto, dio él claras pruebas de no ser menos inteligente en cuestión de teorías del arte, que consumado en la práctica del mismo.

Sin ánimo de molestar al lector con juicios críticos que no son del caso, quizá será necesario, mientras se dilucida en gran parte el designio y carácter de la obra a la cual estas páginas sirven de introducción, hacer observar, en breves palabras, lo mucho que el anciano insistía sobre la relación que existe entre las diferentes artes, de igual modo que un autor eminente lo ha hecho con respecto a las diversas ciencias.

Sostenía también que en toda clase de obras de pura imaginación, tanto si éstas son expresadas por medio de palabras como por medio de colores, el artista afiliado a las escuelas más elevadas, debe hacer la más amplia distinción entre lo real y lo verdadero; o en otros términos: entre la imitación de la vida real, y la exaltación de la Naturaleza hasta lo ideal.

—Lo primero —dijo— es lo que constituye la escuela holandesa; lo segundo, es lo que caracteriza la escuela griega.

—La escuela holandesa —repliqué— es la que hoy está más de moda.

—En cuestión de pintura podrá ser —contestó mi amigo—; pero tratándose de literatura...

—Precisamente a la literatura me refiero. Nuestros poetas noveles están todos por la llaneza y por Betty Foy; y lo que nuestros críticos aprecian más en una obra de imaginación, es poder decir de ella que sus personajes están exactamente calcados sobre la vida común. Hasta en la escultura...

—¡En la escultura! Nada de eso. En la escultura el ideal más elevado, debe ser, por lo menos, la parte más esencial.

—Perdone usted; tal vez no habrá usted visto a Souter Johnny y a Tam O'Shanter.

—¡Ah! —exclamó mi anciano amigo, moviendo la cabeza de arriba abajo—. A lo que veo, yo vivo muy apartado del mundo. Supongo que Shakespeare habrá dejado de ser la admiración de la gente.

—Al contrario; la gente adora a Shakespeare; pero tal adoración no es más que un pretexto para dirigir duros ataques a todos los demás escritores. Sólo que nuestros críticos han descubierto que Shakespeare es tan realista...

—¡Realista Shakespeare! ¡El poeta que ni una sola vez en su vida ha trazado un personaje que se pueda encontrar en el mundo en que vivimos; el hombre que ni una vez siquiera descendió a presentar una pasión falsa ni un personaje real!

Iba yo a contestar sin ambages ni rodeos a su paradoja, cuando advertí que mi interlocutor empezaba a perder su calma habitual; y aquel que desea pescar un Rosacruz, es menester que ponga muchísimo cuidado en no enturbiar el agua. Así, pues, creí que lo más conveniente era dar otro giro a la conversación.

—Volvamos a nuestro tema —dije—; usted me prometió disipar mi ignorancia acerca de los Rosacruces...

—¡Muy bien! —me contestó en tono serio—; pero ¿con qué propósito? ¿Pretende usted, acaso, entrar en el templo con el único objeto de ridiculizar sus ritos?

—¿Por quién me ha tomado usted, caballero? A buen seguro que si tal fuese mi intento, la desdichada suerte que le cupo al abate de Villars sería una lección más que suficiente para que nadie se metiera a hablar a tontas y a locas de los reinos de la Salamandra y del Silfo. Todo el mundo sabe cuán misteriosamente fue privado de la vida aquel hombre de talento, en pago de las satíricas burlas de su *Comte de Gabalis*.

—¡Salamandra! ¡Silfo!... Veo que incurre usted en el error vulgar de entender al pie de la letra el lenguaje alegórico de los místicos.

Esta observación dio motivo a mi respetable interlocutor para condescender a hacerme una relación sumamente interesante y erudita, a mi pobre juicio, acerca de las doctrinas de los Rosacruces, algunos de los cuales, según me aseguró, existían todavía, continuando en augusto misterio sus profundas investigaciones en el terreno de las ciencias naturales y de la filosofía oculta.

—Pero esa fraternidad —siguió diciendo—, aunque respetable y virtuosa, y digo virtuosa porque no hay en el mundo ninguna orden monástica que sea más rígida en la práctica de los preceptos morales ni más ardiente en la fe cristiana; esta fraternidad es tan sólo una rama de otras sociedades aun más importantes por los poderes que han adquirido, y más ilustres por su origen. ¿Está usted enterado de la filosofía platónica?

—Alguna que otra vez me he perdido en sus laberintos —dije—. A la fe mía, los platónicos son unos caballeros que no dejan comprender tan fácilmente.

—Y a pesar de lo que usted dice, sus problemas más intrincados no se han publicado jamás. Sus obras más subli-

mes se conservan manuscritas, y constituyen las enseñanzas propias de la iniciación, no sólo de los Rosacruces, sino también de aquellas fraternidades más nobles a que me refería hace poco. Pero aun más solemnes y sublimes son los conocimientos que pueden espigarse de sus antecesores los Pitagóricos y de las inmortales obras maestras de Apolonio.

—¡Apolonio, el impostor de Tiana! ¿Existen escritos suyos?

—¡Impostor! —exclamó mi amigo—. ¡Apolonio impostor!

—Perdone usted; no sabía yo que fuera el amigo suyo; y si usted me da una garantía de su persona, creeré de buena gana que fue un sujeto muy respetable, que no decía sino la pura verdad cuando se jactaba de la facultad que tenía de poder estar en dos parajes distintos a la vez.

—Y qué, ¿tan difícil le parece a usted eso? —replicó el anciano—; según veo, no habrá usted soñado nunca.

En este punto terminó la conversación; pero desde aquel momento quedó asegurada entre los dos una verdadera intimidad, que duró hasta que mi venerable amigo abandonó esta vida mortal. ¡Descansen en paz sus cenizas!

Era él un hombre de costumbres muy originales y de opiniones verdaderamente excéntricas; pero la mayor parte de su tiempo lo empleaba en actos de filantropía sin ruido y sin ostentación alguna. Era entusiasta de los deberes del Samaritano; y así como sus virtudes eran realzadas por la más dulce caridad, sus esperanzas tenían por fundamento la fe más fervorosa.

Guardaba una reserva absoluta acerca de su propio origen y de la historia de su vida, y las tinieblas que envolvían semejante misterio eran un obstáculo que no me fue dado jamás superar. Según parece, había viajado mucho, y había sido testigo ocular de la primera Revolución francesa, acerca de la cual se expresaba de un modo tan elocuente como instructivo, pero sin juzgar los crímenes de aquella época

borrascosa con aquella filosófica indulgencia con que algunos escritores ilustrados, que por otra parte tienen la cabeza bien segura sobre sus hombros, se sienten inclinados actualmente a tratar de las matanzas y los degüellos de unos tiempos que pasaron ya. Hablaba, no como un simple erudito, que ha leído y razonado más o menos, sino como un hombre que había visto con sus propios ojos y ha tenido mucho que sufrir.

Este anciano caballero parecía vivir solo en el mundo, y yo ignoraba que tuviera pariente ninguno, hasta que su ejecutor testamentario, primo suyo en grado lejano, que residía en el extranjero, me enteró del rico legado que me hizo mi pobre amigo. Este legado consistía, en primer lugar, en una cantidad de dinero, respecto a la cual creo que lo mejor que puedo hacer es guardarla, en previsión de un nuevo impuesto sobre las rentas y bienes inmuebles; y además, en ciertos preciosos manuscritos, a los cuales debe este libro su existencia.

Presumo que este último legado lo debo a una visita que hice a aquel Sabio, si con tal nombre se me permite llamarlo, pocas semanas antes de su muerte.

Si bien leía muy poco de la literatura moderna, mi amigo, con la amabilidad que le caracterizaba, me permitía consultarle acerca de algunos ensayos literarios proyectados por la irreflexiva ambición de un estudiante joven y sin experiencia.

Un día que le pedí su parecer tocante a una obra de imaginación, en la cual me proponía yo pintar los efectos del entusiasmo en las distintas modificaciones del carácter, escuchó, con su paciencia habitual, el argumento de mi obra, que era asaz vulgar y prosaico, y, dirigiéndose luego con aire pensativo hacia su estantería, sacó un libro antiguo, del cual me leyó, primero en griego, y luego en inglés, algunos párrafos del tenor siguiente:

«Platón señala aquí cuatro clases de *Manía*, palabra que, a mi entender, denota el entusiasmo y la inspiración de los